

Clara abrió la caja de galletas. El señor Girafa salía en el dibujo, además de colapsar los anuncios televisivos de las últimas semanas. Clara era lenta. Masticaba más despacio que sus abuelos y solo una pizca más deprisa que los lápices, si es que estos se hayan alimentado algún día... Clara repartió galletas a cada miembro de la familia, que se habían sentado en los sofás y todos las saborearon. El señor Girafa había cumplido con lo que prometía: eran las galletas que daban calor hogareño y felicidad, y ambas cosas se respiraban en casa de Clara. Aquella noche Clara se acostó tarde. Clara era lenta. Se limpiaba los dientes más despacio que sus zapatillas, y eso que no estaban preparadas para realizar esa función. Al acostarse apagó la luz y miró el techo, borroso y silencioso, y se durmió, como si le estuvieran contando un cuento. La felicidad aún reinaba por la mañana, y para desayunar Clara cogió un puñado de galletas de la caja. Qué bien se sentía! era viernes, y jugaría hasta aburrirse, lo garantizaba con su sonrisa. Clara se puso la chaqueta y salió a la calle, a merced del frío, pero no le importó. Sus pasos menudos la condujeron hasta la escuela, y mil gritos la cercaron. Laura era feliz, Marcos era feliz, Y Silvia. Cualquiera con un nombre era feliz. La despreocupación era embriagadora. Cómo iban a tener problemas? habían comido las galletas del señor Girafa, y el Señor Girafa no se equivocaba. La *señu* no había probado las galletas, pero prometió hacerlo pronto, ya que el seguro del coche y los derroches continuos de su hijo le daban quebraderos de cabeza. Ella odiaba los quebraderos, y quería ser feliz, nada más sencillo había en el mundo.

Los pequeños les contaban a los mayores de qué manera el Señor Girafa, vestido con un traje rojo y un sombrero de copa, llegaba a un pueblo de colores vivos haciendo previsibles malabares con las deliciosas galletas, y después las repartía, y la gente se sentía más sana, más animada, y el anuncio terminaba con la imagen de todo el pueblo cantando la canción del Señor Girafa, una canción pegadiza. Así también los

mayores se contaron unos a otros las ventajas de las galletas y los niños adoptaron esas estrofas en el juego de la comba, y los adultos las repetían entre sorbo y sorbo de café. Clara entendía los esquemas de la profesora con dificultad, despacio, requería más tiempo que los demás niños, más horas, no podía evitarlo, y su tarea principal ya no consistía en evitarlo, sino en no quedarse dormida segundos antes de que los conceptos empezaran a hacerle mella.

Durante toda la mañana el Señor Girafa fue un dibujo de tiza que distraía a los niños de los monumentos griegos, y más de uno, tal vez cinco para empezar, no podía aguantar las ganas de devorar alguna galleta de las cajas que había en el interior de las mochilas. Más de uno, puede que siete sin contar los que se lo callaron, se había dejado el cuaderno y el estuche en casa, pero Clara no. La *señu* no regañó a nadie, no le apetecía, a causa de las migrañas que según su opinión le producían los cafés de la máquina. Por suerte, había rebañado las deliciosas galletas en la espesa capa de líquido y con sólo saber que había cambiado de rutina le dio una alegría inmensa.

Clara sintió un alivio enorme cuando llegó la hora de irse a casa. En casa se sentía a salvo.

Se sentó frente al televisor, con leche y galletas, y las compartió con sus abuelos, expertos ajedrecistas que no levantaron la cabeza ni para elegir qué lado se comerían primero, si el de chocolate o el de mantequilla. La tele había hecho un progreso extraordinario. La felicidad había alcanzado el corazón de todos los programas, el Señor Girafa recibía elogios y premios, había logrado ofrecer en pocos días lo que tanto se anhelaba desde el principio de la historia. Las personas reían, bailaban, compraban lo que les apetecía y se dedicaban a exhibir sus sueños más profundos.

Clara también tenía un asunto pendiente: lo llamaba sueño, y si no fuera por su timidez, nunca se hubiera atrevido a decirlo en voz alta, y los primeros en no percibirlo fueron sus atareados abuelos.

-Abuela, quiero un deseo. Sueño con que tengo alguno a veces.

-Muy bien, y qué deseo quieres?- preguntó la abuela, mientras se hurgaba el bolsillo del pantalón.

-Se puede escoger entre muchos o entre pocos?

-Entre muchos, muchísimos.

-Me das... tiempo para pensarlo?

-Pues claro. Te has fijado en los presentadores de la tele? verdad que están cada día más guapos?

Clara miró en dirección a la tele. En todos los rincones del mundo los habitantes habían descubierto el sentido de sus vidas.

Los deberes y los juguetes eran agotadores, y se le olvidó que le habían dado tiempo para pensar en un seseo.

El sábado amaneció espléndido. Por la ventana desfiló un camión con un anuncio gigante del Señor Girafa, con sus enormes y omnipotentes ojos. Era temprano y toda la calle se asomó a la ventana a saludar, y a Clara le hubiese gustado ser de las primeras en hacerlo.

Las galletas del Señor Girafa no escapaban a la curiosidad de los más incrédulos o de los menos teledictos. Clara había visto aquel anuncio miles de veces, mientras estaba despierta e incluso mientras dormía.

Y nunca, o casi nunca, se había atrevido a confesar que no lo entendía.

Las galletas estaban deliciosas, pero no entendía por qué el Señor Girafa regalava galletas a los elfos en lugar de vendérselas, como ocurría en realidad, o por qué hablaba con voz grave si se suponía que era una niña.

Miriam la había mandado a hacer puñetas en cuanto se lo insinuó. Aunque Miriam lo hacía constantemente. Te mandaba a hacer cosas raras con la misma facilidad con que te pedía un lápiz y la mitad del almuerzo más tres cuartos. A Clara le caía requetebién.

Clara siempre llegaba tarde al desayuno. Vestirse y visitar el lavabo era una cruzada. Y mientras tanto el Sol escalaba posiciones a una velocidad de vértigo. Los que rodeaban a Clara se sentían ligeramente incómodos, conscientes del desperdicio que suponía para ella. El desperdicio de tiempo era algo con lo que no podían vivir, y Clara a menudo recibía reprimendas, sobradamente inútiles, por su lentitud con respecto a ... todo.

Clara olisqueó los sofás viejos mientras leía un libro que la mantenía ocupada, un olor dulce y fuerte que la embriagaba, y después olió las cortinas. Era el olor a viejo? a polvo? y de repente, le entraron deseos de desayunar.

-Pero si ya es mediodía!- le dijo su abuelo-. Has vuelto a olvidarlo, cierto? qué vamos a hacer contigo? en la cocina hay galletas.

El abuelo era tan feliz que regañarla por milésima vez carecía de sentido.

La felicidad daba sentido a las cosas, para qué buscar más.

-Desearía dejar de comer galletas.

-Qué has dicho?- preguntó el abuelo, con las gafas mal colocados y un asombro grisáceo tras ellas.

-Mi deseo es dejar de comer galletas- repitió Clara, sin haberlo meditado, pero había sentido la necesidad de expresarlo.

-Niña insensata y desagradecida!- soltó el abuelo, como si fuera un ladrido dirigido a un enemigo nocturno.- Por qué te empeñas tanto en retrasar la felicidad? hasta para ser

feliz eres lenta! la gente se lanza de cabeza en cuanto la ve y tú... te quedas al margen, divagando, como una idiota.

La cara de Clara se volvió roja y salió corriendo a la calle, sin saber si su abuelo había terminado su discurso o no. Y no le daba igual.

Clara empezó a andar, como si estuviera observando un lugar desconocido. En la calle la gente andaba con bolsas de galletas, con una sonrisa en los labios, y se dio cuenta que todo el mundo había logrado lo que ella era incapaz de encontrar en unas galletas que, por otra parte, estaban deliciosas.

Deliciosas? Seguro que lo estaban?

A una mujer se le cayó una caja distraídamente y Clara la recogió. El señor Girafa, de rojo espléndido, llenaba cada hueco de esa caja. Clara buscó los ingredientes de las galletas, pero allí no estaban escritos. Buscó la dirección de la fábrica, pero allí no estaba escrita. Buscó la fecha de caducidad, los valores energéticos, pero obtuvo el mismo decepcionante resultado. Porque el Señor Girafa y sus palabras eran la única garantía, la única verdad que imperaba.

Los coches no circulaban, las tiendas y cafeterías estaban llenas, las personas se saludaban con efusividad y compartían lo que tenían: cafés, zapatos, jerséis... era una conversación ruidosa... y también estaban las galletas, esas galletas nutritivas e imprescindibles.

Sí, era eso: imprescindibles.

Una mujer, a la que reconoció como vecina suya, intentó introducirle tres galletas a la vez, pero Clara se negó y las escupió, y entonces, como si hubiese ofendido a su propia alma, la mujer la abofeteó y pataleó, y Clara salió huyendo a trompicones.

-No comeré galletas, no comeré galletas!- iba repitiendo.

Llegó a un parque, intentó recuperar fuerzas, y fue entonces cuando percibió que varias personas la habían seguido, al parecer desde hacía un buen trecho, atraídos por las incoherentes y horribles palabras de Clara.

Ella no iba a estropearles la felicidad.

Sus abuelos pensaban lo mismo, de manera que se encontraban entre la muchedumbre.

Y la muchedumbre se convirtió, una calle más abajo, en una turba que corría descontenta, procurando no dañarse los zapatos nuevos ni los peinados, y afilando todo lo que encontraban a su paso con las manos.

A Clara no le importaba nada de lo que llevaba puesto, a parte de la cabeza, pero huyó de lo que aún consideraba gente, huyó muy deprisa, probablemente era lo único que había hecho deprisa en su vida.

Al doblar una esquina cayó en una trampa. Los alumnos de todos los cursos le tiraban piedras y pancartas escritas en su contra. La *señu* tomaba café sentada en una piedra, pendiente de los logros de sus alumnos, por supuesto.

Clara corrió, corrió hasta perder de vista cualquier forma de vida.

Se escondió tras los cristales de una tienda, fingiendo leer y comer galletas, que estaban desperdigadas por las mesas y la papelera, sólo porque en el suelo ya no cabían.

El mundo entero la perseguía, y no era un modo de hablar.

Clara era lenta en demostrar sus emociones, la cabeza era la que mandaba siempre, y tener que lidiar con ambas la retrasaría aún más.

Todavía no se había preguntado qué es lo que podía hacer. Era muy lista, pero requería tiempo demostrarlo. Anocheció. Había leído un catálogo de artículos de escritorio unas cinco veces, y eso que tenía doce páginas. Lo había leído de verdad, sin molestarse por la presencia de sus acechadores, que rondaban por las calles, entre fuego y cristales rotos.

Clara cogió sus cosas y se fue a casa, sin llamar la atención. Aquel cielo no era negro, sino rojo, y gris, y se fue a su casa. La felicidad había roto los picaportes y rasgado las cerraduras, de manera que entró en su casa desierta con cierta reserva, y encendió las luces. Allí sólo estaban ella y las cajas de galletas.

Clara se bañó y se puso el pijama. No tenía que medir con nadie sus acciones ni el tiempo en que éstas transcurrían. Clara se acostó y observó el único techo negro y apacible que probablemente quedaba.

-Qué cuento me vas a contar hoy?

-Uno sobre carpetas. Las azules y las naranjas son las que más me gustan. Y si salieran gusanos trepadores de dentro cada vez que alguien las abriera?

-Muy soso. Podrían ser que fueran conejos?

-Lo de hoy ha sido una obra maestra y estoy agotada. No me pidas más.